

*LULU ANTE
LOS TRIBUNALES*

Y ahora, señores, tabla rasa. Nuevo Gobierno. Nuevos métodos. ¡Afuera el enemigo y paso a la juventud! ¡Oh, Democracia! ¡Bendita Democracia a cuya sombra eran posibles los cambios violentos! ¿Qué no? Pues ahí estaba la prensa. ¡Los nuevos decretos! Infelices empleados de ayer, periodistas, maestros, eran hoy gente bien, gente de Cadillac propio, chalet en las afueras y otras cosas.

—Yo mismo, hasta hace poco, ¿quién era? Un infeliz empleado de tres al cuarto. ¿Y ahora? ¿Quién soy? ¿Quién soy? ¡Ah!

Chan Solé se alegraba cuando tenía auditorio. Se entusiasmaba tanto, que casi nunca faltaba a su tenida de cada tarde en la Plaza. Se sentía satisfecho hilvanando pronósticos y comentarios.

El viraje violento de la política lo había vuelto Fiscal. ¡Y ahora sí! ¡Iban a ver! ¡Al traste los relajos y las bellaquerías! Había que renovar las viejas prácticas. Sacudir el polvillo. Dorar la tradición con las nuevas ideas. ¡Sí, señor! Innovar, innovar...

Pero nunca faltaba quien le contradijese para verlo estallar.

—Innovar, sí. Está bien. Pero hasta cierto punto, amigo mío.

—¿Cómo hasta cierto punto? ¡No, señor! ¡Renovación completa! ¡Nuevas ideas! Nuevos métodos! ¡Nuevas costumbres! ¡Hay que avanzar, qué diablos!

—Me va usted a decir que ese asunto de las placas de perros...

—Bueno... Eso, después de todo, no es nada nuevo. Lo hacen en todas partes. Sólo que aquí es difícil, naturalmente. Porque lo que hay, ya no se llama democracia, sino relajo. ¡Un poco de orden falta, amigo mío! ¿No ve usted tanto perro por la calle?

Pues que paguen su impuesto o que no salgan. Así resolveremos por lo menos uno de nuestros grandes problemas: el de los perros callejeros.

—Eso estaría muy bien si se aplicara la ley por igual, pero las cosas distan mucho de ser así.

—Anda usted muy errado, querido amigo. Este Alcalde no juega. Ha aplicado la ley por igual. ¡Sí, amigo! ¡Sépalos!

—¿Y por qué entonces no le aplican la ley al perrazo del Belga?

—¿Qué Belga?

—¿Y qué Belga va a ser, amigo? El Belga Loy! ¿No sabe usted que ha vuelto de la guerra con un perro alsaciano magnífico?

—Y dice usted...

—Que no le han aplicado la ley. Anda sin placa.

—Oh, en cuanto a eso, ya se la aplicarán. No se preocupe.

—¡No hay tal! ¿Quién va a atreverse? ¡Si es un perrazo enorme! Perro de guerra, amigo mío! No se sabe cuántas muertes lleva encima. Ahí lo verá usted echado en la tienda del amo, siempre en la puerta. ¿Quién entra? ¡Yo no! Por mi parte, si solo hubiera ropa en ese almacén preferiría andar desnudo. Con el miedito que les tengo yo a los perros!

—Y dice usted que...

—¡Un portento, le digo! Sirvió mucho en la guerra llevando mensajes. Y no había “tú tía”, hombre que lo atacaba era hombre muerto. Una sola mordida, un remezón, y, listo! ¡Sangre afuera se ha dicho! ¡Y un sin fin de medallas! ¡Venga, venga! Ya lo verá usted mismo. ¡Pero mucho cuidado! ¡No acercarse! Es un perro de presa. ¿Sabe como se llama? ¡Karonte!

A Chan Solé le gustaban los perros. Allá en su pueblo había tenido una perra lanuda, canela-clara

que era una maravilla. ¡Que cariñosa y buena! ¡Era inteligentísima! ¿Y cazando? ¡La plata!

—La maté, sabe usted? Por error. Fuí a cazar, una noche, con magnesio... Vi sus ojos brillantes allá lejos... Creí que era algún tigre... Disparé.

—¿Cómo? ¡Si aquí no hay tigres!

—¿Qué quiere que le diga? ¡Miedo no más!

* * *

El Alcalde, en efecto, había puesto en vigor el asunto de las placas para perros. La evidencia del pago del impuesto era una chapa de cobre. Todo bicho canino que anduviese merodeando por esas calles de Dios, sin su plaquita, sería puesto en chirona.

Y habíanse destinado dos o tres divisiones del antiguo matadero para cárcel de perros vagabundos.

Allí, cerca del mar, aspirando el tufillo de perros y de puercos (que, sin perdón, así se llaman), iban dueñas y dueños a escuchar sus gemidos y a mirarlos menear la colita a través de las rejas, sin poder —¡pobres animalitos!— acariciarlos siquiera.

Y, muchas veces, las graciosas amitas de los perros, que a menudo eran mozas del partido, ni podían acercarse, porque por más que se llevasen a la nariz sus aromáticos pañuelitos —¡ay, Señor, que hedentina!— no resistían aquellos aires.

Y todo el santo día veíase por las calles a un viejo carretón, parapetado a manera de jaula, tirado por la sombra de un caballo y montado por dos negros de presa andrajosos y mal olientes. Uno de los mulatos casi siempre iba a pie llevando al hombro una mugrienta y enorme red muy parecida a esas que sirven para cazar mariposas. Orgulloso de su cargo municipal, iba cantando siempre su *jolinnyú*, sin importarle un bledo lo que dijese. Apenas atisbaba a un perrillo sin placa, se le acercaba sigiloso, la red preparada, los ojos salientes, la nariz olfateante, y una maligna satisfacción en todo el rostro.

Las vecinas piadosas lograban a veces espantar al inocente perrito antes que lo atrapara el perrero...

—¡Huye, perro! ¡Zoquete!

El negro les echaba mil pestes en su *slang* recién llegado de Jamaica. Pero, otras veces, que eran las más, el negro conseguía echar sobre el perro la red, y, ya atrapado, lo llevaba triunfante a la carreta, donde el otro antillano lo esperaba ululante de júbilo.

Hacinados en el trágico carretón iban los pobres perros prisioneros, lamentándose plañideramente, mientras los dos mulatos tarareaban alegres su sandunguero *jolinnyú*.

Los chiquillos seguían a la carreta, divertidos con la infernal batahola que se armaba cada vez que el mulato pretendía echarle mano a un canino.

Y, a pesar de que los pobres perreros no hacían más que seguir órdenes superiores procurando que se cumpliera la ley, se les rendía en todas partes una cordial odiosidad. Y mas de una vecina hubo que, sin reparos de pacotilla, se echaba las manazas a las caderas y se ponía a insultar a los mulatos con su mejor colección de hijos de... la "mala palabra" como decía don Ricardo Palma.

A pesar de todo, el fúnebre carro salía cada mañana a la caza de perros. Y, al caer la tarde, nuevos ladridos lastimeros golpeaban las murallas del viejo matadero.

Cuánta niña inocente no unió allí sus lamentos al de las pobres bestias!

* * *

El Belga Loy contaba un sinfín de historietas de Karonte. Cuando hablaba del perro, era más belga que nunca. Entonces pronunciaba el español con más acento flamenco. Pronunciaba las erres como "G", y, en vez de perro, por ejemplo, decía "pego".

—¡Kagonte es un gran pego!... ¡No tiene igual!...

Y mostraba orgulloso el pedigree de Karonte. Era un auténtico ejemplar alsaciano. Y contaba historias espeluznantes a propósito de una espía alemana, brava hembra venida de Estrasburgo; aventura romántica, que, como él decía, habíase deslizado sobre el filo de las bayonetas; y cuántas piruetas se había visto

obligado a realizar para salvarla. Testimonio ululante de estos amores era Karonte, fiel compañero de trincheras. ¡Y qué buenos servicios había prestado a la Cruz Roja durante la Gran Guerra! Transporte de mensajes; de heridos; de comidas; de alambres telefónicos y pare usted de contar... ¡Lo habían condecorado tantas veces! ¡Si, señor! Y hasta le propusieron comprárselo. ¡Pero, que! ¡Nada de eso! Karonte era para él como una especie de recuerdo sentimental. Por tal motivo se lo trajo consigo. Caro era el viaje, eso sí! ¡Un dineral! Pero *Kagonte* se merecía eso y mucho más (sobre todo por lo de la Walkiria). En el vapor había sido el encanto de los viajeros. ¿Y por qué no decirlo? Hasta una nueva aventurilla le había proporcionado. ¡Si, señores! ¡Que maravilla de *pego!* Saltaba, que daba gusto verlo... ¡Tres metros, por lo menos! Y eso que muchas veces, bueno... ¿Una placa de cobre? ¡Ni esperanza! Si le dejaban hacerle una de plata, estaba bien... ¿Cruzarlo? ¡Nada de eso! No había perra para él. Pues cruzar a Karonte con cualquier gozquezuela de los palotes era un vil atentado contra el pudor. Estaba bien cruzarlo con una perra fina, ¡claro! Y eso, de acuerdo con ciertas condiciones, bien entendido! O la mitad de los cachorros o un buen porcentaje sobre la venta de estos. Ni más ni menos! Por eso había rehusado entrar en tratos con doña Aldina, la vecina de enfrente. Ella se había acercado a verlo con la idea de cruzar a su perrita Lulú con *Kagonte*. Esa sí que era buena!

—No niego que Lulú sea una perrita fina. ¡Oh, no! Entendámonos! —le decía a su ayudante—; lo que a a mí me rebela es la ridícula... sí, señor, la ridícula pretensión de creer que porque ella es más o menos bonita, y porque Lulú se pasa el santo día coqueteando desde el balcón con *Kagonte*, yo voy a permitir que el cruce se efectúe sin ninguna ganancia de mi parte. ¡Un *cachogo*! ¡Quería darle un *cachogo* solamente! ¡Vaya a comer albóndigas la viuda!

El ayudante le daba siempre la razón con un meneo de cabeza. Tenía, por experiencia, conocimientos profundo como éste: que cuando un dependiente contradice al patrón, se corre el riesgo de cambiar de almacén. Sabía también que, a su vuelta de Europa, el Belga Loy había intentado conquistar a la viuda al abordaje. Hubo sus arrumacos y carantoñas. La sirvienta de doña Aldina le pagaba a él sus besos con noticias del caso. ¡Y en ciertos días, qué idilio! Sin embargo, de pronto, como si un chaparrón les hubiese caído, aquel incendio voraz se había apagado. Se dijo que las uvas estaban verdes etc. La verdad es que el muerto dejaba más deudas que plata. ¡Y por supuesto!

* * *

Lulú, la perrita de doña Aldina, era de veras un precioso ejemplar de coquetería canina. Graciosa y zigzagueante como su dueña, quien, desde la no muy lejana muerte de su marido, ya había dado bastantes

traspies, sin encontrar aun el brazo fuerte y acogedor que ella anhelaba.

Bien lavadita, toda blanca, y con un lazo en el cuello, diariamente de diverso color, aparecía Lulú cada mañana, muy sentadita en su sillón. El mismo sillón verde en que el finado —¡Dios lo tenga en la Gloria!— tomaba el sol cuando vivía. También ella, Lulú, tomaba el sol en el vetusto balcón. Sí, en el balcón solamente, y nada de ir a la calle, porque esa placota de cobre no la podían llevar perritas decentitas como ella. Nada de placas sucias. Su lacito de seda solamente. ¡Tan linda!

Abajo, en el portón de la tienda, estaba ya sentado, invariablemente, el soberbio Karonte, mirando con sublime desprecio a los curiosos que, con cierto recelo, se mantenían a respetable distancia para admirarlo.

Arriba, ella, Lulú, cada vez más coqueta e insinuante, hacía tantas zalemas cuantas su dignidad de perrita educada se lo permitía.

De vez en cuando lanzaba unos chillidos caprichosos y muy a tono con su caninidad, para llamar la atención del impasible estrasburgués. Pero Karonte apenas alzaba la vista, la volvía a bajar con profundo desprecio. ¡Mejores perras había visto en Europa! ¡No faltaba más! ¡Puaf! ¡Una perrita insignificante!

Pero a pesar de esa sublime indiferencia, la graciosa constancia de Lulú había calado bien hondo, grado a grado, en sus templadas fibras de macho aguerrido.

Poco a poco fué poniendo su vista en el soleado balcón, hasta que, al fin, la dejó allí clavada para no darse el trabajo de bajarla.

Una mañana, doña Aldina, descubrió el idilio canino, y, encantada, naturalmente, de la profunda experiencia científica —solamente científica, ah!— que hubiera resultado de aquel cruce, había bajado inmediatamente a ver al Belga, con la seguridad que él aceptaría, por gentileza e interés científicos... ¡Y, lo que son las cosas!... ¡Qué rabia! ¡Se lo hubiera querido comer! Haberse el Belga negado, únicamente por maldad, y por celos de Jorge, eso era claro, a un experimento tan formidable ¡Ah! ¡Chocante! Bah! Y desde entonces...

—¿Oiste, Carolina, mucho cuidado, oiste? ¡No dejes que Lulú salga más al balcón!

—¡No faltaba mas! ¡Lulú! ¡Lulú!

Y Lulú no salió más al balcón.

* * *

Pero el ama propone y la perra dispone.

Una mañana, la señora Aldi había salido muy temprano a hacer sus ejercicios espirituales con Jorge.

Carolina dejó abierta la puerta para que entraran sin llamar los recaderos de siempre, mientras ella aprovechaba la ausencia de la señora para darse un buen baño. Lulú, desesperada por ver a su Karonte,

bajó las escaleras y, muy oronda y satisfecha, se puso a menear la colita en el zaguán, lanzando sus gritos para que se acercara Karonte.

Karonte no se movía nunca de la tienda.

Sin embargo, la atracción femenina era realmente irresistible. No tendría más trabajo que cruzar la calle en dos saltos y ya estaría al lado de ella. Lulú seguía ladrando caprichosa, moviendo las orejas y la cola; Karonte no podía, no resistía ya más. Había ya procurado dos veces levantarse, pero el Belga, desde el fondo de la tienda, lo había obligado nuevamente a sentarse con una orden guerrera.

Lulú cambió de táctica y se lanzó a correr coquetamente por la acera. Se alejaba, saltando, lo bastante para aumentar la inquietud de Karonte. Luego volvía traviesa al punto de partida... y seguía coqueteando.

—Jolinyú, jolinyú...

La fúnebre carreta de los perreros se acercaba llena de aullidos y de rabitos.

El negro de la red vió a Lulú desde lejos.

Y, a pesar del lacito, supuso, por instinto salvaje, que la perrita no llevaba placa.

Con expresión de júbilo, con pasos de leopardo y con la red preparada, el perrero fue aproximándose a su víctima.

Karonte había olfateado la intención del mulato, y, a pausas militares, se le había ido acercando lentamente. Ya estaba allí a dos pasos tras él.

De repente, el mulato presintió la inminencia del peligro. Miró atrás... ¡My God! Preparado ya para el salto, Karonte lo miraba con unos ojos fijos, terrible. El perrero intentó alzar la red para golpearlo con ella; pero el gran pánico le restó agilidad. Y Karonte se echó como flecha sobre él...

—¡Jesus Christ!!!!

Fue una maniobra rápida, instantánea. Los que oyeron el grito aterrador del mulato, corrieron, pero nadie se atrevió a interceder. ¡Ni pensarlo! Y aunque el Belga salió casi enseguida, ya fue tarde. A un lado de la calle estaba el cuerpo del enorme antillano, boca arriba, con la garganta deshecha a dentelladas. Un gran chorro de sangre empujaba la acera.

Asustada por el crimen —¡qué horror!— Lulú se había subido al balcón. Y, como si tal cosa, Karonte estaba ya muy sentadito frente a la tienda limpiándose el hocico ensangrentado.

Se aglomeró la gente. Los curiosos salían de todas partes. Y aquellos que, debido a la gran muchedumbre, no podían ver, indagaban.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué pasa?

—¿El perrazo Karonte?

—¿Mató al Belga?

—¡Bien hecho!

—¡No! ¡No! Parece que...

—¿Un negro mató al perro? ¡Imposible!

—¿Y doña Aldina? ¡Qué milagro que no está en el balcón!

La policía. La Prensa. Los empleados del Hospital. Unos se daban maña para llevarse al muerto. Otros dificultaban la tarea.

—¡Un momento! ¡Un momento! —decía Cabredo, el fotógrafo. ¡Una instantánea!

Se pusieron en pose tras el cadáver.

—¡Clic!

Y un empleado muy competente, lápiz en mano, comenzó a hacer las investigaciones del caso para llegar a la verdadera causa del crimen.

El asunto era increíblemente complicado, por mil razones.

—Porque, ¡claro! —decía Chan Solé— los dos perros, al estar en la calle sin placa, contravenían la ley... Y el crimen fue cometido, precisamente contra la autoridad encargada de hacerla cumplir.

—¿Qué autoridad? ¿El negro?

¡Ah, amigos míos, no me irán a negar que el negro representaba allí a la autoridad...! Y nada menos que al Alcalde.

Y como todos le hacían señas, indicándole que justamente a sus espaldas, estaba un familiar del Alcalde, Chan Solé se turbó.

—¡Pero es que yo no digo que el Alcalde sea un negro! Háganme ustedes el santísimo favor de entenderme! Lo que quiero decir es que el perro... No, el negro... Me estoy confundiendo...

—A pesar de todo eso, —decía otro,— la única pena que puede aplicársele a la perra es el pago del impuesto, ya que está demostrado que el perro del Belga había pagado el suyo.

—No había pagado nada, ¡qué diablos! ¡Ya vienen con chanchullos!

—¡Ah, no, amigos! El asunto es más complicado de lo que ustedes piensan.

Y, el que hablaba, pretendió descifrar el gran intríngulis con ademanes y con voz de misterio.

Resultaba que el negro era una especie de caciquillo político de Calidonia... Y la hermosa mulata que lo lloraba... ¿Cuál mulata? ¿No la habían visto todos? ¡Adelaide! ¡Muy conocida! En la Morgue tuvieron que agarrarla. Quería entrar a la fuerza. Parecía una pantera. Mordió a uno. Y por la noche no hizo más que llorar en el velorio. Se decía, sin

embargo, que aquellos aspavientos eran un tanto exagerados, ya que ella era refugio de pecadores. Y, entre estos pecadores, ¡cuántos santos varones de coturno!

A todo grito voceaban los chiquillos el semanario ilustrado. Se les veía contentos. Se anunciaba una buena venta. Corrían de un lado a otro. Se acercaron al grupo. Casi nadie compró, pero todos miraron el contenido.

El semanario traía un sinnúmero de fotografías interesantes. En primer plano se destacaba la figura radiante del Belga Loy, vestido de soldado, con su gorrita de medio lado. La foto de Karonte no se veía muy bien: parecía que el fotógrafo hubiera tenido sus recelos al tomarla. La figura del muerto se veía varias veces: en la morgue, desnudo, después de la autopsia; en la calle, con los de la ambulancias y los curiosos que nunca faltan; y en un grupo sombrío donde se le veía en vestido de baño con otros *criollos*. También había una foto carnavalesca de la mulata, vestida de manola, que decía en una esquina: "Kiss me darling... Adelaide".

—Prefiero a la morena, — dijo alguien.

—Dejando el juego aparte, debemos aceptar, señores, que aquí se ha cometido un auténtico crimen y hay que castigar al culpable.

—¿Habla Chan o el Fiscal?

—¡Habla, carajo, la justicia! — repuso Chan, algo violento.— Porque tú, Lapicito, eres medio familia del Belga o que se yo; pero te aseguro que este asunto va a ir lejos. Te lo dice el Fiscal.

* * *

Y el Fiscal no mentía. El asunto fue lejos.

Se formaron dos bandos macizos. Dos bandos que, al principio, solo se limitaron al caso concreto, tratando de aclarar la mucha o poca responsabilidad del Belga en el asunto. ¿Pero, después? ¿Qué aguaje! Había además un testimonio secreto de alguien —a lo mejor era el dependiente, vaya usted a saber!— que juraba haber oído cuando el Belga, refiriéndose a los pobres perreros, exclamaba colérico.

—¡Como vengan, les jupo el perro!

Y se encendieron tanto los ánimos que hasta llegaron a formarse dos bandos perfectamente definidos: uno, en contra; otro, en pro del Belga.

Para colmo de males, se sabía que pesaba sobre él algo así como una especie de excomunión. Cosas de arriba, decía la gente. Y se veía bien claro que los que estaban a favor de Karonte pertenecían a las huestes caídas en la última campaña electoral.

Malas lenguas habían dado en decir que era doña Aldi quien removía el cotarro; y, además, se insinuaba no se qué de don Jorge y de un contrato; pero estos eran dimes y diretes.

Lo cierto es que los negros ya clamaban venganza por la preciosa sangre derramada. Y alguien aseguraba que en un cierto escondrijo de Calidonia, se celebraban por las noches los diabólicos ritos del vudú.

Todo esto hacía que el Belga no las tuviera todas consigo.

Cuando el Zurdo Medina, abogado de la zamba Adelaide, fue a verlo para intentar un arreglo amigable mediante una sumita, —¡oh, casi nada, total unos diez mil!—, el Belga Loy montó sobre las furias, y muy poco faltó para que no jupara —ahora sí, de veras!— a Karonte. Menos mal que el perrazo estaba ahora ligado, con su bozal y todo, condición sine qua non, como dijo el Alcalde, cuando el Belga fue a verlo y a rogarle que no metiera en el Matadero a su adorado alsaciano.

Pero el Zurdo Medina, que ya sentía entre dientes el sabroso bocado que iba a restarle a los Diez Mil, se mantuvo en sus trece. ¡O los diez mil o nada!

—¿Diez mil pesos? ¿Por un negro indecente? ¡Oh, no faltaba mas!

—Yo le digo que es poco y que lo piense. Mire usted que si el asunto sube a los tribunales será peor para usted.

—¡Hagan lo que les plazca! ¡Yo no pago ni medio!

* * *

Y el asunto subió a los tribunales.

La sala estaba llena de gente. No había sitio donde sentarse. Y ni siquiera era fácil el acceso a los corredores. En la calle ondulaba la torva y bullanguera muchedumbre de siempre. Mujeres, niños, hombres. Todos querían entrar; pero ya estaba restringida la entrada. Así lo había dispuesto un empleado oficioso de la Oficina de Seguridad. Afirmaba que, como la casa era de madera, podía venirse abajo,

Su ciencia era precisa.

Pero esto no fue obstáculo para que él mismo dejara entrar a una trigueña hermosa que llegó muy oronda, toda llena de gracia y de jazmines.

—¡A los ángeles, sí, porque no pesan!

Y se subió tras ella, dando lugar así a que se subieran también los polizontes y todo el público que estaba en la calle.

De la sala salía un vaho severo, maloliente y pesado.

El juez hizo sonar la campanilla.

La ola humana onduló todavía un poco mientras se acomodaba.

—¡Silencio!

Comenzó la lectura del expediente.

Los que estaban entre los corredores distinguían apenas el silabeo.

—¿Qué es lo que dice?

—¡No se oye!

—Que lean alto!

El Juez hizo sonar la campanilla de nuevo.

—¡Silencio! ¡Silencio!

La lectura siguió con exacta frecuencia y volumen.

La sala quedó muda.

En el estrado, imasible y orondo, como si aquella fiesta no le incumbiera, estaba el gran Karonte acomodado cerca de su amo. El Belga Loy se notaba nervioso. El Fiscal Chan Solé escribía no sé que en unos papeles. El Doctor Loria, abogado del Belga, sonreía satisfecho. El caudal de oratoria que le ofrecían los servicios del perro durante la Gran Guerra era un precioso argumento para lucirse y arrastrar simpatías. El Zurdito Medina, en cambio, a pesar de saber que todo el elemento sombrío de la sala estaba a su favor, y que apenas hiciera sentarse en el estrado a la mulata Adelaide, que estaba allí, graciosa, con sus ropas de duelo, la causa triunfaría; a pesar de todo esto, y a pesar de tener la plena conciencia de defender, como él decía, la causa de la justicia, tenía un cierto recelo... Era gran orador el doctor Loria. Si se salía con una de las suyas, podría arrancar aplausos.

Privados de la vista y del oído, aunque no del olfato, los que permanecían entre los corredores, al notar nuevamente el rumor de la sala, preguntaban:

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¿Ha terminado la lectura del expediente?

—Ah...! Por mi parte...

Nuevamente se oyó la campanilla del Juez. La ola de ruidos fue a romperse contra los corredores y aún rugió allá un momento.

Alguién había tomado la palabra.

—¿Quién está hablando?

—¿Qué dice?

—¿El Fiscal? ¿Y por qué habla el Fiscal?

—¡Más alto! ¡ Más alto!

Cuando de pronto, nadie sabía por quién llamada, ni de dónde salida, apareció, con su Lulú en los brazos, doña Aldina, la viuda.

A su lado, un agente le abría paso dándole explicaciones.

—¡Es necesario, señora! ¡Usted comprende!

Y, al entrar en la sala, que alboroto!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—¡No empujen!

—¿Han ordenado desalojar?

—¿Y esa vaina?

—¡Que bajen dicen!

La ruidosa avalancha descendió la escalera y se hizo un remolino en la calle.

Ayes. Silbidos. Imprecaciones.

Desde abajo se distinguían apenas los gritos del que hablaba.

Un policía a caballo hacía piruetas. El animal se encabritaba a veces y resbalaba con gran estrépito.

De vez en cuando alguien gritaba desde arriba:

—¡Ya comenzó Medina!

—¡Ahora está hablando Loria!

Y se oían los aplausos de los pocos que habían quedado arriba.

De pronto llegó una orden contradictoria.

—¡Que suba el pueblo!

Y la ola se lanzó rumbo arriba...

—¡Mi sombrero!

—¡No empujen, carajo!

—¡Orden! ¡Orden! ¡Respeten!

La marea fue regándose, a la buena de Dios, en la sala.

No había persona en el estrado.

—Están deliberando, —explicó Lapicito—. Todos se hallan adentro.

—¡Nada de eso! —dijo otro.

—¿Qué pasa entonces?

—Que el Belga y la viudita están rindiendo declaración privada.

—¿Sigue entonces la discusión?

—¿No se ha acabado?

—¡Qué va! ¡Si esto va largo! También está allá dentro la mulata...

—¡Que lío! Yo creo que el Belga se va a enredar al fin con Adelaide.

—Los que, gracias al sagrado desorden, no habían podido entrar, estaban ya aburridos entre los corredores con ganas de irse, cuando, de pronto, otra vez la infernal batahola.

Venían de adentro gritos, aullidos, bastonazos y toda clase de ruidos.

Chillidos de la viuda. Maldiciones del Belga. Ladridos de Karonte. Lamentos de Lulú.

—¿Qué sucede?

—¿Otro muerto?

—Parece que...

—¿Karonte?

—¿Está rabioso?

—¡Huye! ¡Huye!

—¡Ay, mi madre!

Pero, del público que estaba en la sala, se elevó de repente una solemne carcajada. Todo el mundo reía. La bullanga aumentaba.

Y Lapicito, al fin, hecho unas Pascuas, explicó el laberinto.

¿Qué pasaba? ¡El disloque! Que mientras los señores discutían afanosamente el modo de salir del berenjenal, la traviesa Lulú había logrado acercarse a Karonte y ambos, de mutuo acuerdo, habían creído oportuno aprovechar la alta presencia del Tribunal, para cumplir al menos con lo Civil...

I N D I C E

	PÁGINAS
La Boina Roja	5
A la orilla de las estatuas maduras	41
Hechizo	59
Sin novedad en Shanghai	83
Todo un conflicto de sangre	115
Lulú ante los tribunales	157

Esta segunda edición de *LA BOINA ROJA* se acabó de
imprimir a los 31 días del mes de Julio de 1961, en
los talleres de la Imprenta Nacional, por orden
del Departamento de Bellas Artes del
Ministerio de Educación.

ROGELIO SINAN, cuya figura de indiscutible poeta, cuentista y novelista no necesita presentación, se reincorpora a nuestras letras, tras ocho años de eficiente actividad diplomática, con esta segunda edición de sus seis mejores cuentos, algunos de los cuales han alcanzado ya categoría antológica continental. En efecto, **LA BOINA ROJA**, que rubrica el volumen, obtuvo el Primer Premio en el Concurso Interamericano del Cuento, que auspicia **EL NACIONAL** de México, y ha sido, además, seleccionado para la antología de los mejores cuentos de ese país y de Centroamérica que editará **OPIC** (organismo creado por el Gobierno mexicano para la difusión de la cultura); **A LA ORILLA DE LAS ESTATUAS MADURAS**, figura en el volumen **FIESTA IN NOVEMBER** (*The Masterpieces of Latin American Literature*), editado en inglés por Houghton Mifflin, y cuya nítida versión adquirió y reprodujo una cadena de diarios de Inglaterra; **HECHIZO** fue escogido por Eduardo Mallea para la edición de lujo que **LA NACION** de Buenos Aires dedicó a los mejores cuentistas americanos, y fue incluido también en la antología de cuentos iberoamericanos que para la Editorial Zig Zag recopiló el crítico chileno Ricardo A. Latcham, de quien son las siguientes palabras: "En 1939, el escritor panameño Rogelio Sinán publicó en Buenos Aires uno de los mejores cuentos de su refinada pro-



pre-
co-